

UN EDIPO EXTEMPORÁNEO
(A RAÍZ DE *MUERTE EN ZAMORA*, DE RAMÓN SENDER BARAYÓN)

Francisco CARRASQUER LAUNED

El 19 de abril de 1989, después de ofrecer una conferencia sobre Ramón J. Sender, en la universidad de su Albuquerque (Nuevo México), vino a mi encuentro una señora desde el público para entregarme uno de los primeros ejemplares de la primera edición recién salida de la imprenta de *A death in Zamora*, libro escrito por el hijo de Sender.¹ Y ahora que ya lleva tres años circulando su edición en español,² es hora ya de hablar de este libro con la distancia deseada.

Da la casualidad de que viene a abundar en esa especie de moda en que parece haberse convertido el escribir libros sobre padres famosos: el hijo de Cela, el de Torrente Ballester, el colectivo «En nombre del hijo»... Pero lo que ya no es casual coincidencia es que el libro de Ramón Sender Barayón sea completamente diferente de los otros, porque él no escribe su libro, como aquéllos, a título de curioso complemento desde la intimidad del escritor *ad usum* de los estudiosos del padre famoso, y no sin cierto nivel de competencia crítica y contribución literaria; sino que aquí se trata de acusar al padre de haber fallado como tal y reivindicar, de retruque, la memoria de la madre que nadie ha puesto en solfa ni en cuarentena. Aquí el valor literario del padre está como fondo, en el doble sentido de la palabra: como trasfondo situacional consabido e incuestionado y como garantía de solvencia mundana y reconocimiento universal en el mercado de valores culturales y artísticos. Pero el primer plano lo llena Amparo Barayón, el objeto de amor de toda una vida de hombre de cuarenta y tantos años en busca de la madre con la que identificarse y que su padre le ha ido escamoteando día a día y año tras año. Conflicto edípico que estalla tardíamente y sólo hasta que el escamoteador desaparece.

¹ Ramón SENDER BARAYÓN, *A death in Zamora*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1989.

² Ramón SENDER BARAYÓN, *Muerte en Zamora*, Esplugues de Llobregat (Barcelona), Plaza & Janés, 1990 (trad. de Mercedes ESTEBAN-MAES KEMP).

Uno puede preguntarse, lo primero de todo, por qué ha tardado tanto Ramón Sender Barayón en echarse al campo en descubierta a la búsqueda de su madre añorada. Con más de 25 años de mayoría de edad, bien podría haber emprendido mucho antes las pesquisas que le prestan a este libro su materia y razón de ser, sobre todo a partir de 1975, que es cuando muere el dictador del Pardo y sale España de la guerra civil en que los vencedores la habían mantenido casi cuatro décadas (1936-1975). Pero no, sorprende que no se decida a visitar los «santos lugares» de la pasión y muerte de su venerada madre hasta 1983. Y además, sin ninguna preparación, es decir, no dominando ni tan sólo la lengua de sus padres, que podía haber estudiado con mayor ventaja que los tantos centenares de miles de conciudadanos suyos que la vienen estudiando. Tan incomprensible es esto como que su padre no se propusiera mantener viva su propia lengua en sus hijos, puesto que sin la lengua no podía esperar que se interesaran por la cultura española. Es tan incomprensible que los hijos no se preocuparan por aprender la lengua y literatura misma en que su padre se había hecho internacionalmente célebre, como que el padre no se las ingeniase para hacerles estudiar el español viviendo en un país, Estados Unidos, en que nuestro idioma es la segunda lengua después del inglés.

Bastaría con esto para demostrar que, en efecto, padre e hijos han vivido muy distanciados. Y no me refiero ahora al distanciamiento que yo propugno en mi ensayo «La distancia en literatura»,³ o que José Luis Castillo-Puche considera en su librito *Ramón Sender: el distanciamiento del exilio*,⁴ sino el que supone desentendimiento, cuando no insoportabilidad. Vivir en el exilio con hijos nacidos y/o criados en esa situación es ya de por sí un drama, y más cuando se vive en un país con otra lengua; pero en el caso de Sender y sus dos hijos Ramón y Andrea (y dejamos a un lado aquí a Emmanuel para no enredar más la madeja), el problema pasa de drama para alcanzar el *pathos* de la tragedia. Porque por mucho que queramos darnos explicaciones (no ya justificaciones imposibles), ni aun echando mano del socorrido psicoanálisis damos con una clave satisfactoria. Toda esta historia nos sobrepasa, es demasiado misteriosa para nuestra capacidad descifradora.

La primera razón que se nos da es el miedo.⁵ Un miedo nada sicopático ni entelequial, por cierto, de ser liquidado por algún brazo-sicario movido desde el Kremlin, si bien algo remoto, verdad es, porque por las mismas razones habrían podido temer por su vida tantos y tantos intelectuales que un día fueran «compa-

³ Francisco CARRASQUER, «La distancia en literatura», en *Actas del Simposio sobre la novela*, Utrecht (Holanda), Instituto de Estudios Hispanoamericanos, mayo de 1976.

⁴ José Luis CASTILLO PUCHE, *Ramón Sender: el distanciamiento del exilio*, Barcelona, Destino, 1982.

⁵ Véase a éste y demás respectos el completo artículo de Jesús VIVED MAIRAL —el mismo a quien Ramón J. Sender dedica su mejor libro según consenso universal, *Réquiem por un campesino español*, ¡por algo será!— «Tres personajes en su encrucijada. A propósito de *Muerte en Zamora*, libro escrito por el hijo de Ramón J. Sender», *Diario 16* (11 de marzo de 1990), 30-31.

ñeros de viaje» o cripto y hasta exóterocomunistas, para después apostasiar de la «doctrina» e incluso pasarse al enemigo con armas y bagajes. En el caso de Sender se hace más probable o plausible ese miedo por el factor añadido de los celos, porque no sería demasiado imaginar que algún fanático del Partido le tuviese envidia por sus éxitos de escritor o por el simple hecho de haber llegado a ser profesor sin diplomas ni oposiciones o concursos académicos, que en el mundillo universitario hay muy mala sangre amarilla, y tratándose de españoles que tanta fama tenemos de envidiosos...

De haberse llevado a efecto semejante amenaza, la solución habría sido perfecta: el padre muere cuando los niños todavía no pueden calibrar el horror de su orfandad y, encima, al hacerse mayores, se encuentran aureolados por dos padres mártires, la madre inmolada por la vesania franquista y el padre por el terrorismo estalinista. Pero lo cierto es que, con el paso de los años, los hijos cruzan el umbral de su uso de razón, y no se explica que Sender siga negándose tan obstinada y enigmáticamente a contarles a los chicos lo que sabía de su madre. Ni se explica por ese tan invocado «pudor de la desgracia», ni por el prurito de preservar a los niños de los horrores de la guerra y todo lo que podía significar de traumatizante entrar en contacto o en conocimiento con/de la España negra, ni, en fin, por sentimiento de culpabilidad.

«PUDOR DE LA DESGRACIA»

Semejante pudor —alegado por el propio Sender repetida y enfáticamente— presupone una condición arbitraria o gratuita. Porque sólo puede referirse a la posibilidad de *explotar* esa desgracia interesadamente haciendo sensacionalismo comerciable. Recuerdo a este propósito el caso de un amigo a quien le habían fusilado a su padre y a quien algún malasombra maltrató de «necrófago» porque le habían proporcionado un trabajo los correligionarios de su pobre padre ejecutado por los fascistas. Viene a recriminar lo mismo este horrendo reproche que pone Ramón Sender Barayón en boca de su padre: «¡Lo único que quieres es sacar dinero a costa de los huesos de tu madre!»⁶ De haber sabido la verdad, ya desde niño, no habría habido lugar a ese afán por seguir las huellas de su madre. Y si ahora alcanza algún éxito de venta su libro, por lo que pueda haber de escándalo, de curiosidad morbosa al revelar intimidades del gran escritor, o por el simple enfrentamiento sensacionalista de un hijo ignorado contra su padre de renombre, habrá sido, igualmente, por haber permitido el padre y hasta provocado esta pequeña venganza. Porque, en realidad, la venganza es pequeña. Pues, ¿qué se propone con este libro? Podía haber hecho literatura, al menos, dándonos un épico remontar hasta las fuentes de su origen coronando su encuentro con la madre desde su

⁶ Ramón SENDER BARAYÓN, *Muerte en Zamora*, op. cit., p. 34.

filiabilidad, como hace su padre con vera axiología literaria en *Los cinco libros de Ariadna*. Diferencia clave: Sender senior revive y trasciende la memoria de Amparo Barayón en la mítica Ariadna y Sender junior la trivializa en su rebusca hasta lo *kitsch*. Resulta que aquella expresión del padre «pudor de la desgracia» se ha salvado ya, se ha superado, se ha sublimado por Ariadna.

¿Qué le costaba al padre facilitarle al hijo acotaciones explicativas una vez escrito el texto dramático? Pero, desde el otro lado, ¿qué más quería el hijo que le dijera el padre después de haber leído *Contraataque* y, sobre todo, *Los cinco libros de Ariadna*?... En este libro, más que en el otro, está ya todo dicho o sobrentendido: lo histórico y biográfico, lo sentido y resentido, lo consciente y subconsciente, lo vivido y pintado, lo soñado, lo imaginario y mágico, toda una interpretación *plus ultra* de una realidad reactualizada subjetiva e intersubjetivamente.

PRURITO DE PRESERVAR A LOS NIÑOS DEL HORROR

Este pretexto se despacha pronto en un pensador como Sender, quien se ha expresado más de una vez contra la falsa idea que tienen de los niños los adultos adocenados que les creen incapaces de entender la muerte y soportar la realidad por aciaga y dolorosa que sea. No puedo creer que Sender pretendiese, ni por un segundo, criar a sus hijos en una urna de cristal (segundos hijos del doctor Velasco), alejados de las zarpas del vivir. Menos aún que hubiese querido que sus hijos reconociesen lo malo de España y de su historia, cuando él mismo es quien postula que hay que contar siempre con lo malo, máxime para valorar justamente lo bueno y hasta para convertir el mal en bien. Así que no es éste un argumento que se tenga de pie.

SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD

Este supuesto móvil tiene más tela que cortar.

Ya desde que leí el artículo de José-Carlos Mainer titulado «La culpa y su expiación: dos imágenes en las novelas de Ramón J. Sender»,⁷ quedé muy sorprendido ante esa idea de un supuesto sentimiento de culpabilidad en los cimientos de la fábrica literaria senderiana. No se me habría ocurrido nunca, a pesar de estar su obra plagada de víctimas y victimarios, de reos y verdugos, de culpables e inocentes. Como tampoco he creído jamás en un Sender suicida por más que el suicidio haya sido tema tan suyo y tan recurrente en su obra. Ni su temperamento, ni su

⁷ José-Carlos MAINER, «La culpa y su expiación: dos imágenes en las novelas de Ramón J. Sender», *Papeles de Son Armadans*, 161 (1969), 116-132. Reed. en *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica* (ed. al cuidado de José-Carlos MAINER), Zaragoza, D.G.A., Ayuntamiento de Zaragoza, Inst. «Fernando el Católico» y C.A.Z.A.R., 1983, pp. 127-135.

carácter, ni sus raíces-ganglios, ni su filosofía toleraban, a mi modo de ver, el sentimiento de culpa en general. En ninguna expresión *propia* (no literaria, sino hecha confesión oral o epistolar), se trasluce o se trasunta un complejo de culpabilidad, que es lo único que podría explicarnos a lo mejor ese largo y empecinado silencio sobre el «caso» de su mujer para sus hijos.

Lo paradójico es que el mismo Mainer, en su prólogo a la edición ya citada,⁸ nos aporta una cita que debería haberle puesto en guardia contra su artículo arriba mentado e incluido en dicho volumen. La cita es de *Memorias bisiestas* y dice así:

He vivido más o menos a contrapelo y por eso soy tal vez de los menos culpables del mundo, es decir, uno de los irresponsables más o menos plausibles.

¿No es transparente? Y no veo por qué subraya Mainer con segunda intención esos términos relativizadores o cautelares de «más o menos» (dos veces) y «tal vez», porque no tienen nada de particular, y menos en Sender (como eso de «plausibles», tan senderiano entre sus tics discursivos). Pues claro que *alguna vez* habrá dejado de ir a contrapelo y no siempre ha podido dejar de tener responsabilidades (que en este sentido dice «irresponsable», no en el de «viva la virgen»). Para mí está claro que se considera de los «menos culpables» porque ha ejercido apenas poder alguno y no se ha hecho cómplice del mismo como casi todo el mundo. Porque, como muy bien dice Juan Benet, menos mal que la ambición de poder es cosa de pocos, que si todo el mundo estuviéramos poseídos por esa obsesión ya no habría hombres sobre la tierra. O sea, que Sender se siente poco culpable por haber ejercido tan poco el poder (que es crimen por definición), ni por acción (política) ni por omisión (complicidad por acatamiento); o en otras palabras, porque no ha sido dirigente político ni dirigido partidario, socio o cliente de cualquier establecimiento poderdante o poderhabiente. ¿Que nos movemos en un terreno abstracto de representación y este problema que abordamos requiere un tratamiento psicológico o psicosociológico? De acuerdo, pero ya es importante retener el dato de la creencia personal del autor en sus relaciones éticas y fácticas con la sociedad. Sobre todo tratándose de un hombre que ha escrito: «Lo que hay que hacer es actuar enteramente y no fraccionariamente».⁹ Pero vayamos, sin embargo, por partes.

Sender creyó actuar y decidir de la mejor manera escapando él del territorio enemigo y aconsejándole a su mujer, Amparo, que se fuera con sus hijos a su ciudad natal, Zamora, seguro de que podría pasar fácilmente a Portugal desde allí y reunirse luego todos en Francia. Se equivocó, porque era prácticamente imposible

⁸ José-Carlos MAINER, «Prólogo» a Ramón J. Sender. *In memoriam. Antología crítica*, op. cit., p. 20.

⁹ Ramón J. SENDER, «Prólogo» a *Los cinco libros de Ariadna*, New York, Ed. Ibérica, 1957, p. IX.

para una persona civilizada prever entonces a qué extremos de encarnizamiento y saña sería capaz de llegar la jauría atraillada por Franco. La hidrófoba ultraderecha española contagió con su baba de odio y rencor a la derecha simple y normalmente moderada, así que cualquier pobre sastre Sevilla, entre otros más o menos lanzados por el tobogán de la venganza o del terror, pudo denunciar a una mujer de buena familia y de cuyo patrimonio se podría sacar tajada, aunque fuese madre de dos hijos y quién sabe si también encinta. También puede entrar en cuenta verosímilmente el hecho de que fuese la esposa de un escritor de izquierdas (o sea, doblemente criminal, por ser escritor y por serlo de izquierdas). Otra suposición que se filtra repetidas veces como probabilidad en *Los cinco libros de Ariadna* es la de que hubiese sido ejecutada por haber sido violada previamente: para borrar el atropello, eliminar la víctima. Pero todo esto no viene ahora al caso. Mataron a su hermano Manuel y a su mujer. Hechos. Y a lo hecho, pecho, ¡qué remedio! Mientras que lo que nos importa es dilucidar si la responsabilidad (no menos «plausible» que la irresponsabilidad invocada por nuestro autor) de un padre para con sus hijos casa y concierta con la negativa del mismo a hablarles a los mismos de la madre.

Creo que habría que desglosar muy bien la responsabilidad del padre de las consecuencias del marido-amante. De lo primero debió de sentirse liberado al encomendar a otros de confianza el cuidado de sus hijos, aunque siempre a su cargo los gastos de crianza. Liberación porque nadie nos desmentirá si decimos que Sender no tenía condición de monógamo o de amante constante y perpetuo. Como había hecho en vida, sigue haciendo después de muerta su mujer. Tras escuchar las confidencias de Magdalena, exclama Ramón Sender Barayón: «Así que mi padre había sido infiel mientras Amparo estaba en la cárcel». ¹⁰ Consecuente con la paradoja senderiana «la virginidad del deseo», ¿no? Tal vez nos aclaren más este extremo dos citas de *Conversaciones con Ramón J. Sender* de Marcelino C. Peñuelas:

No creas. Yo me he portado mal a veces con mujeres. [...] A veces, ser bueno es un lujo inaccesible o poco menos. ¹¹

Aquí el ser bueno es ser convencional.

-Recuerdo que también dices algo de eso en *Ariadna*...

-Sí. En *Ariadna*, de un modo un poco desfigurado. Vamos... líricamente. Y el nombre *Ariadna*, como ya te he dicho, viene del hilo que mi mujer me tendió y que me permitió salir del laberinto en el cual yo iba a perderme. *Eso no lo sabe nadie*. ¹²

¹⁰ Ramón SENDER BARAYÓN, *Muerte en Zamora*, op. cit., p. 196.

¹¹ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 65.

¹² *Ibidem*, pp. 89-90.

Lo subrayado por mí es sumamente enigmático, sobre todo dicho ya en 1969, cuando todo el mundo medianamente interesado por Sender sabía que se había pasado del campo conquistado por los franquistas a las líneas republicanas. La clave tiene que estar en *Los cinco libros de Ariadna*. Pero dejémoslo para el final y sigamos con su estado civil de casado.

En un momento de la novela, tras la picadura de la víbora y la confesión, que tanto la turba, de Javier: «Lo que sea de ti será de mí», Ariadna confiesa: (como ya se sabe, ante la XXVII Asamblea de la O.M.E.C.C.):

Yo me sentía en un peligro sin salida. La voz de Javier me había hecho cosquillas en la nuca y me produjo escalofríos.

–Si me muero –dije en voz alta, riendo– dos meses después tendrás otra mujer.

–Esta señorita –dijo el campesino que llevaba las riendas– se ve que conoce el género humano.¹³

En fin, nunca se ha recatado Sender de su condición de mujeriego y polígamo. Luego la lealtad que tributara a su mujer no fue nunca fidelidad conyugal. Recordemos, por un lado, que de Sender es la frase: «Somos, al fin y al cabo, animales gozadores con un poco de conciencia de nosotros mismos que nos agúa la fiesta, pero nada más».¹⁴ Y, por otro, que también es suya la repetida alusión a ser «culpable de inocencia». Pero hay un diálogo entre Ariadna y Javier realmente definitivo. He aquí un fragmento:

–... Los fantasmas me manosean pensando que soy una heroína. No una mujer sino una heroína. Es lo que soy y lo que seré ya toda mi vida para ti y eso es feo para un amante. Porque una heroína es en cierto modo una mujer pública. Y tú...

–Tampoco, querida. Es lo de siempre. Ya sabes que yo no he creído nunca que el matrimonio fuera una solución. Ni siquiera nuestro matrimonio. El amor no puede tener soluciones. Tarde o temprano el matrimonio es la sepultura del amor. Probablemente el único interés del matrimonio es el adulterio. Como tal vez lo único interesante de la religión es la herejía, es decir el pecado.¹⁵

Por lo demás, no se habla de *hijos* en *Los cinco libros de Ariadna*, sólo a última hora de un «bebé mongoloide». ¿Se quiere mayor rechazo por fallo interpuesto?

¹³ Ramón J. SENDER, *Los cinco libros de Ariadna*, op. cit., pp. 60-61.

¹⁴ Marcelino C. PEÑUELAS, op. cit., p. 152.

¹⁵ Ramón J. SENDER, *Los cinco libros de Ariadna*, op. cit., pp. 318-319.

Orillada, pues, la mujer, nos queda considerar el papel de esa mujer, no ya de amante sino de madre de sus hijos, en su memoria y en la memoria de Ramón y Andrea. Papel absolutamente fracasado, aunque no la hubiesen violado antes de matarla (conjetura nada imposible si se sabe que su ejecutor, un tal Viloría, la había pretendido y recibió calabazas). No contaba Sender con ese absoluto fracaso y ella se hundió en el abismo de la frustración de él. No tiene nada que ver esto con la estima y hasta con la veneración que le haya guardado en su recuerdo. Le falló y se acabó. No se hable más. Y menos de culpas. Sender no era hombre como para regodearse en arrepentimientos ni para torturarse invocando momentos fallidos del pasado. Por no repasar, no repasaba ni sus escritos. Nada de rehacer ni deshacer, sino hacer más. Y más. Y más. Hasta la muerte, que lo pilló haciendo. Es muy posible que ese fallo de hecho, no de derecho, nos explique aquel enigma de hace poco: «Eso no lo sabe nadie». Pero, entonces, ¿cuál es el «hilo» que lo saca del laberinto y de qué «laberinto»? ¿No será que el holocausto de ella le lleva a él a ver lo esencial de la vida por encima y más allá de las miserias de la guerra civil, de la política de partidos y de todo lo que llama «máscara» o «persona», hasta encontrarse con la *hombría* en la muerte? «Lo que sea de ti será de mí». Si ella muere también morirá él. Y no sólo como persona, sino como (cierto) autor que de lo contingente pasa a lo sustancial, de neonaturalista a postesencialista, dispuesto a hacerse *su* verdad de la realidad de todos.

Y hablando de fallos, ¿acaso no es un fallo doble, triple, en toda la línea de su fenomenología familiar? Porque él también falla, desde el momento en que no llega a cumplir la promesa-amenaza que encierran las palabras con que corresponde a la comunicación de Víctor Rivera sobre la muerte de Amparo y sobre quiénes la mataron: «Me has hecho un favor. Ahora ya sé a quiénes tengo que matar». Y se hace tanto más sagrado este juramento implícito cuanto que su ejecución funciona como cláusula de promesa que excluye la necesidad de suicidarse.

Y, en fin, fallo de los hijos, a quienes tiene que abandonar al principio y luego se ve que se acostumbra a su ausencia, como sus hijos a la suya. Y todos tan contentos. Más adelante, se produce en ambos vástagos una fuerte reacción de fuga, tengo entendido que uno se evade hacia la marginación contraculturalista y la otra profesa en religión. En todo caso, los dos hacen crisis de identidad demasiado tarde, los dos van a misas dichas a España en busca de las sombras entre las que pueda aparecérselos la madre.

En definitiva, no parece sino que el *vacuum* aislante entre padre e hijos se haya ido estableciendo por pura inercia de unos mecanismos de anodino y rutinario fatalismo. El padre, totalmente entregado a vivir intensamente escribiendo, haciendo el amor y disfrutando de sus amigos y admiradoras y del trato enriquecedor de colegas y estudiantes, debió de ir descuidando más y más su papel de padre educador y cediendo a la contrariedad ineluctable de que sus hijos no se interesasen por lo suyo y ni tan sólo por lo español y de que se fuesen integrando

en la cultura estadounidense hasta el corvejón. Olvidarse de lo ausente o mediato parece signo común del género humano, según concluye la psicología general, pero tal vez sea esto más verdad y más propio del aragonés.¹⁶ Y otro dato más que sabido: el orgullo puede más que todo. Si no vienen a mí, tampoco voy yo a ellos, aunque me duela a rabiar. Y bien, con el tiempo, estas posturas van formando corizas de cicatriz y cada vez duele menos dejar que se sequen, hasta que se caen por sí solas. Entretanto, y por añadidura, eso sí, hay resortes inefables entre padres e hijos que, por serlo, no pueden explicarse. Misterio de misterios enredados. Pliegues y repliegues de comportamientos entre consanguíneos que jamás ceden al esfuerzo de desplegarlos desde fuera. Y el enigma sigue y seguirá, por muchos libros seudorreveladores que los hijos escriban ociosamente tras la muerte del padre. Si no fue posible en vida, ¿cómo va a poder serlo en la muerte?

Y, por último, tengo empeño en deshacer esa clave facilona de que el sentimiento de culpabilidad en Sender haya influido sobre su obra. No hay ningún fundamento para semejante presupuesto. Creo que es fácil partir de la premisa de que Sender no se sintió acomplejado de culpabilidad. Porque de haberse sentido culpable (¡máxime hasta el punto de fijación obsesiva y automática que implica un complejo!), o se habría suicidado o se habría defendido. Del libro que más se presta a tomarlo como un gran alegato *pro domo*, ya dice Mainer:

En *Los cinco libros de Ariadna*, los personajes –Ariadna y Javier– deponen ante el fantasmagórico tribunal de la O.M.E.C.C. que nunca sabemos si es el encargado de juzgar la conducta de los protagonistas o de instruir un desmesurado sumario sobre la guerra civil española.¹⁷

Y más arriba ha escrito el mismo crítico, como enlazando 22 años antes (1969-1991) con la frase de Menotti citada en nota 16:

En el fondo, la novela pasa a ser el testimonio de la ambigüedad patética de existir, de la distancia que separa al individuo de la sociedad en la que, significativa y reiteradamente, fracasa. En *Los cinco libros de Ariadna*, se define, de alguna forma, este sentimiento cuando, en el simbólico juicio que se sigue a los personajes, éstos son acusados de «culpables de inocencia».¹⁸

¹⁶ Precisamente el mismo día en que esto escribo, leo en la última página de *El País* (22 de marzo de 1991) lo que dice el compositor italiano Giancarlo Menotti de Goya (a quien le ha dedicado su última ópera): «Jamás me hubiese imaginado que Goya fuese tan antipático y ambiguo». Y añade: «Por otra parte, el verdadero artista tiene que vivir para su arte, y no le queda tiempo para lo otro. De ahí que suela ser mal esposo, mal padre, mal patriota. Yo siempre me he preguntado si a un artista se le puede perdonar todo, y pienso que todo no, pero mucho sí».

¹⁷ José-Carlos MAINER, «La culpa y su expiación...», *Ramón J. Sender. In memoriam...*, op. cit., p. 131.

¹⁸ *Ibidem*, p. 130.

Es el Poder, o los poderes, los que hacen de la inocencia culpa. Se habrá sentido Sender acosado, maltratado, objeto de calumnia y vilipendio, pero jamás culpable. Y gracias a sentirse inocente puede hacer tanta y tan buena literatura de la culpabilidad; como gracias a no sentirse atrapado en el engranaje de los fatalismos de los dioses pudo Esquilo escribir las tragedias magistrales que le conocemos. Y nos queda otro argumento. Si es verdad que ha novelado mucho Sender sobre la culpa, la condena, el verdugo, la venganza y el odio (*negativos* clichés con que provocar la voluntad de «revelarlos», rebelándose, para sacar las imágenes *positivas* que corresponden a su filosofía y a su sicología, a su ética y estética, a su natural y vocación de artista), no es menos verdad que lo más hermoso de toda su obra es ese ramillete que la corona de esenciales vírgenes aureoladas por la inocencia que se llaman: Valentina, Milagritos, Elvira, Lizaveta, Teresa de Cepeda, Eva, Ariadna, Niña Lucha y algunas más de obras menores que, juntas, constituyen la más sublime inspiración de nuestro autor y la garantía de su gloriosa posteridad.

No es imposible que algún malintencionado pueda sentirse a estas alturas tentado a devolverme la pelota como un bumerán de mi propio argumento de más arriba: si por no ser culpable fue tan apto para trasuntarnos en novela el universo de la culpabilidad, por ser inocente no podría, pues, trasladarnos al mundo de la inocencia. Y se equivocaría de medio a medio este avieso abogadillo del diablo. Porque Sender, aquí, es el *maestro que sabe* de la inocencia achacada de culpa. Y por eso está a la misma distancia de lo uno que de lo otro. Y desde su puesto de observación, gracias a su talento, nos pinta la abyección del culpador y la gloria del inocente culpado.

Pero, en resumen, el libro de Ramón Sender Barayón no nos aclara nada. Y menos aún el punto más enigmático y cardinal del caso: por qué y cómo se produce ese divorcio, esa incomunicación entre padre e hijos. Y si no ha sido útil para esto, ¿de qué sirve este libro? Si al menos hubiese en él algún valor literario... No sé cómo se han atrevido a poner en la contraportada de la edición inglesa unas frases de Alvah Bessie que empiezan con esta hipérbole inaudita: «A death in Zamora is a Work of genius»... Y, a la postre, la traducción al español deja bastante que desear.